

ESPAÑOL

Queridas Hermanas:

Mientras avanzamos con fe en el camino hacia la Pascua abrazadas a la cruz de Jesús, muchos son los sentimientos que nos habitan, porque como consagradas seculares, vamos dejando que atraviesen nuestro corazón las necesidades del mundo. Nada de lo que la humanidad vive en este momento está fuera de nosotras, lo llevamos muy dentro para presentarlo al Señor y llevar a todos, como las mujeres de la Pascua, el anuncio de la Resurrección.

Si, Cristo el Señor, el Resucitado, el mismo que el Espíritu había ungido y enviado a evangelizar a los pobres, es el que ahora nos envía a nosotras a proclamar el Evangelio a toda la creación y a ser fermento de vida evangélica en el mundo.

La Iglesia no puede dejar de “ir” porque a todos ha de manifestar el amor que Dios les tiene, a todos ha de anunciar la gracia que Dios les ofrece, a todos ha de llamar para que entren a formar parte del reino de los cielos. Manifestar en nuestra vida el amor de la Iglesia por la humanidad, ser Iglesia Madre requiere cultivar la capacidad de amar como Cristo. Es por eso que nos proponemos en nuestro itinerario formativo profundizar sobre el consejo evangélico de la castidad.

Unidas en ferviente oración por la paz y reconciliación de los pueblos, anunciemos con alegría, que *El es nuestra PAZ, el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad. (Ef 2,14-16)*

MEDITEMOS LA PALABRA DE DIOS:

Lc 24, 1-12. «... **Anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás** »

El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro. Y, entrando, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús.

Mientras estaban desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con vestidos refulgentes. Ellas quedaron despavoridas y con las caras mirando al suelo y ellos les dijeron:

« ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea, cuando dijo que el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de hombres pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar». Y recordaron sus palabras. Habiendo vuelto del sepulcro, anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás. Eran María la Magdalena, Juana y María, la de Santiago.

También las demás, que estaban con ellas, contaban esto mismo a los apóstoles. Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron.

Pedro, sin embargo, se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose, ve solo los lienzos. Y se volvió a su casa, admirándose de lo sucedido.

SECULARIDAD CONSAGRADA (a cura de Encarna Menárguez)

En la hojita de enero, compartiendo con vosotras cuanto dije a la Asociación, reunida en Roma hace años para el convenio anual, sobre *Ecclesia Mater*, ya hice brevemente referencia a los tres consejos evangélicos y de como vive una hija de la Iglesia consagrada secular, la pobreza, la castidad y la obediencia de Cristo. He pensado continuar este curso profundizando este aspecto de nuestra consagración comenzando por la castidad.

La castidad en el celibato: un amor que se convierte en don

SIGNO DE LA CONSACRACIÓN DE TODA LA PERSONA A DIOS

“Signo: más aún, “el signo más transparente” de una consagración que, sin abandonar el mundo, se realiza en el don de si mismo a la Persona de Cristo, busca compartir su vida, paricipar más intimamente la unión mística y esponsal entre Él y su Iglesia, que manifiesta la dimensión escatológica de la vida consagrada, viviendo ya en este mundo como hijos de la resurrección.

(Lc 20,35-36) Y a pesar de esto no es un amor desercarnado e incorporeo, en una personalidad mortificada en sus potencialidades y tampoco es una especie de sublimación o de exaltación de quien se cierra a los hombres, satisfecho del propio amor por un Dios que ha de conquistar con la propia belleza y pureza sin sombras. María gustó a Dios no tanto por su virginidad sino más bien por su humildad: “por eso todas las generaciones la llamarán bienaventurada” (Lc 1,48).

El secular o la secular consagrada renuncia al amor conyugal, pero no cierra las puertas a la vida. Se sabe enviado al mundo para el mundo, en el que Cristo se ha encarnado, para que tenga vida y vida en abundancia... “abundantius” (cfr. Jn 10,10): una vida que el laico o laica consagrados, quiere vivir sin compromisos y ofrecer totalmente, hasta darla si Dios se la pide”

Podemos hacer nuestras estas palabras de G. Sommaruga porque están de acuerdo con lo que requiere nuestro estilo de vida como consagradas de *Ecclesia Mater*.

LA ***Regla de vida***, nos recuerda nuestra **Identidad**, diciendo que somos ***llamadas a encarnar en el mundo el Amor de Cristo y la maternidad de la Iglesia....***

Encarnar en el mundo el Amor de Cristo, exige una entrega total a los demás, teniendo en cuenta que debemos amar con el mismo amor de Cristo, sin buscar en ello nuestra propia complacencia. Es dar amor con plena gratuidad, como lo hizo siempre Jesús. Es, entregarnos con la única condición de no poner condiciones. Solo un amor casto y humilde unido a Cristo, podrá ejercer “la maternidad de la Iglesia” comunicando la Vida que El mismo vino a traer.



FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN A TODAS

ITALIANO

Carissime Sorelle,

mentre ci inoltriamo con fede nel cammino verso la Pasqua abbracciate alla croce di Gesù, molti sono i sentimenti che ci abitano, perché come consacrate secolari, cerchiamo che trafiggano il nostro cuore le necessità del mondo. Niente di ciò che l'umanità vive in questo momento resta fuori di noi, lo portiamo ben dentro per presentarlo al Signore e fare arrivare a tutti, come le donne della Pasqua, l'annuncio della risurrezione.

Sì, Cristo il Signore, il Risorto, lo stesso che lo Spirito aveva unto e inviato ad evangelizzare i poveri, è Colui che ora invia a noi a proclamare il Vangelo a tutta la creazione e ad essere fermento di vita evangelica nel mondo.

La Chiesa non può lasciare di "andare" perché a tutti deve manifestare l'amore che Dio ha per loro, a tutti deve annunciare la grazia che Dio gli offre, tutti deve chiamare perché entrino a formar parte del Regno dei cieli. Manifestare nella nostra vita l'amore di Cristo per la Chiesa e l'umanità, essere Chiesa Madre richiede di coltivare la capacità di amare come Cristo. È per questo che ci proponiamo nel nostro itinerario formativo di approfondire il consiglio evangelico della castità.

Unite in preghiera fervente per la pace e la riconciliazione tra i popoli, annunciamo con gioia che: *Egli infatti è la nostra pace colui che ha fatto dei due un popolo solo, abbattendo il muro di separazione che era frammezzo, cioè l'inimicizia, annullando, per mezzo della sua carne, la legge fatta di prescrizioni e di decreti, per creare in se stesso, dei due, un solo uomo nuovo, facendo la pace, e per riconciliare tutti e due con Dio in un solo corpo, per mezzo della croce, distruggendo in se stesso l'inimicizia.*

MEDITIAMO LA PAROLA DI DIO:

Lc 24, 1-12. «...*Annunciarono tutto questo agli Undici e a tutti gli altri.*»

Il primo giorno della settimana, al mattino presto esse si recarono al sepolcro, portando con sé gli aromi che avevano preparato. Trovarono che la pietra era stata rimossa dal sepolcro e, entrate, non trovarono il corpo del Signore Gesù.

Mentre si domandavano che senso avesse tutto questo, ecco due uomini presentarsi a loro in abito sfolgorante. Le donne, impaurite, tenevano il volto chinato a terra, ma quelli dissero loro:

"Perché cercate tra i morti colui che è vivo? Non è qui, è risorto. Ricordatevi come vi parlò quando era ancora in Galilea e diceva: "Bisogna che il Figlio dell'uomo sia consegnato in mano ai peccatori, sia crocifisso e risorga il terzo giorno".

Ed esse si ricordarono delle sue parole e, tornate dal sepolcro, annunciarono tutto questo agli Undici e a tutti gli altri.

Erano Maria Maddalena, Giovanna e Maria madre di Giacomo. Anche le altre, che erano con loro, raccontavano queste cose agli apostoli. Quelle parole parvero a loro come un vaneggiamento e non credevano ad esse.

Pietro tuttavia si alzò, corse al sepolcro e, chinatosi, vide soltanto i teli. E tornò indietro, pieno di stupore per l'accaduto.

SECOLARITÀ CONSACRATA (a cura di Encarna Menárguez)

Nel foglio di gennaio, condividendo con voi, quanto ho detto anni fa all'Associazione radunata a Roma per il convegno annuale, su *Ecclesia Mater*, ho già fatto brevemente riferimento ai tre consigli evangelici e come vive una figlia della Chiesa consacrata secolare la povertà, la castità e l'obbedienza di Cristo. Ho pensato continuare durante questo anno approfondendo questo aspetto della nostra consacrazione a cominciare dalla castità.

La castità nel celibato: un amore che diventa dono

SEGNO DELLA CONSAGRAZIONE DI TUTTO L' ESSERE A DIO

«Segno: anzi, “il segno più trasparente” di una consacrazione che, senza abbandonare il mondo, si realizza nel dono di sé alla persona di Cristo, mira a condividere la sua vita, a partecipare più intimamente alla mistica unione sponsale tra lui e la sua Chiesa, a esprimere la dimensione escatologica della vita consacrata vivendo quaggiù come figli della risurrezione (Lc 20, 35-36)

Eppure non è un amore disincarnato e incorporeo, in una personalità mortificata nelle sue potenzialità; e neppure è una sorta di sublimazione o di esaltazione di chi si chiudesse agli uomini, soddisfatto del proprio amore esclusivo per un Dio da conquistare con la propria bellezza e purezza senza ombre... Maria piacque non tanto per la sua verginità quanto per la sua umiltà: “per questo tutte le generazioni mi chiameranno beata” (Lc 1,48).

Il secolare consacrato rinuncia all'amore coniugale, ma non chiude le porte alla vita. Si sa inviato al mondo per il mondo in cui Cristo si è incarnato perché abbia una vita vera e completa: “abundantius” (cfr. Gv 10,10): una vita che il laico consacrato intende vivere senza compromessi e offrire fino il fondo come quando Dio gliela chiede.»

Possiamo fare nostre queste parole di G. Sommaruga perché sono in sintonia con ciò che richiede il nostro stile di vita come consacrate di *Ecclesia Mater*.

La **Regola di vita**, ci ricorda la nostra **Identità** dicendo che, siamo **chiamate a incarnare nel mondo l'Amore di Cristo e la maternità della Chiesa...**

Incarnare nel mondo l'Amore di Cristo, esige un donarsi totalmente agli altri, sapendo che dobbiamo amare con lo stesso amore di Cristo, senza cercare in questo la nostra propria compiacenza. Si tratta di donare amore gratuitamente, come ha fatto sempre Gesù. Comporta consegnarci con l'unica condizione di non porre condizioni nel donarsi. Solo un amore casto e umile, unite a Cristo, potrà esercitare “la maternità della Chiesa” comunicando la Vita che Lui stesso è venuto a portarci.



SANTA PASQUA DI RISURREZIONE A TUTTE!